

EL PASEO EDITORIAL  
MATERIA PROMOCIONAL  
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

EL PASEO EDITORIAL  
MATERIA PROMOCIONAL  
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

EL PASEO EDITORIAL  
MATERIAL PROMOCIONAL  
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

EL PASEO EDITORIAL  
MATERIAL PROMOCIONAL  
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

**Tal vez soñar**  
y otras historias de la dimensión desconocida

EL PASEO EDITORIAL  
MATERIAL PROMOCIONAL  
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

el paseo | central, 33

EL PASEO EDITORIAL  
MATERIAL PROMOCIONAL  
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

CHARLES BEAUMONT

# Tal vez soñar

y otras historias de  
la dimensión desconocida

Prólogo de Ray Bradbury

Epílogo de William Shatner

Traducción y notas

Óscar Mariscal

el paseo, 2023

Título original: *Perchance to dream. Selected stories* (2015)

© 2015 by Christopher Beaumont

Prólogo © 2015 by Ray Bradbury

Epílogo © 2015 by William Shatner

Publicado en acuerdo con Agencia literaria Casanovas & Lynch, 2023

© de la traducción y notas: Óscar Mariscal Aranda, 2023

© de esta edición: EL PASEO EDITORIAL, 2023

[www.elpaseoeditorial.com](http://www.elpaseoeditorial.com)

*Derechos exclusivos en lengua española para todo el mundo.*

*1ª edición: septiembre de 2023*

Diseño y preimpresión: EL PASEO EDITORIAL

Cubiertas: Jesús Alés ([sputnix.es](http://sputnix.es))

Corrección: Manuel Gregorio González

Impresión y encuadernación: Kadmos

I.S.B.N. 978-84-19188-31-1

DEPÓSITO LEGAL: SE-1505-2023

CÓDIGO THEMA: FBA

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor. Reservados todos los derechos.

Impreso en España.



## Contenido

Prólogo de Ray Bradbury	IX
Tal vez soñar	3
La selva	14
La luna del hechicero	43
Es imposible tenerlas a todas	49
Fritzchen	72
Padre, querido padre	86
El hombre que aullaba	93
Un caso típico	113
Punto de reunión	130
Canción para una dama	136
Hermano de sangre	156
A su imagen y semejanza	163
«El show gigante»	192
Gente guapa	200
Tierra gratis	221
Dr. Silk, mago	234
Los últimos sacramentos	257
Suena el clarín	274
Los nuevos vecinos	292
El mortífero deseo de ganar	317
<i>Träumerei</i>	333
«Night ride»	342
El sonido definitivo	366
Epílogo de William Shatner	373
Sobre los autores	377

EL PASEO EDITORIAL  
MATERIAL PROMOCIONAL  
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

## Prólogo de Ray Bradbury

### RECORDANDO A BEAUMONT

De los hechos que relacionaré a continuación ya se había escrito anteriormente. En el verano de 1946 –cuando yo tenía 26 años– un chico de dieciséis me abordó en la librería Fowler Brothers en el centro de Los Ángeles y empezó a hablarme de su colección de cómics de *Terry y los piratas*, *Tarzán* y *El Príncipe Valiente* y de ni se sabe cuántos otros temas, verdaderamente asombrosos, de los que nos hacen felices a los aficionados.

De un encuentro tan apasionado solo podía esperarse que surgiese una amistad como ese tallo que, en las películas de *stop-motion*, brota de una semilla y se convierte en una flor completa en diez segundos escasos. Invité a Charles Beaumont –pues ese era el nombre del joven– a mi casa para enseñarle mis planchas dominicales a color de *Buck Rogers*. Él apareció con sus manoseados ejemplares de *Terry y sus irresistibles piratas*. Hicimos algunos intercambios y entablamos una amistad que duraría hasta su prematura muerte veinte años más tarde.

Lo que siguió a lo largo de los años fue como la alegría de un niño en un arenero o, si lo prefiere, de «mañana es Año Nuevo»; ¿qué significa eso hoy? ¡Una celebración! Para Chuck no había gritos de «¡Gracias a Dios, es viernes!». Siempre era fin de semana largo para nosotros cuando algún nuevo amor nos ocupaba y –¡diablos!– nos absorbía los sentidos y nos trasladaba a mundos donde no existían más que nuestras criaturas y nuestras arquitecturas. La mitad de nuestra amistad descansaba sobre planos largos cinematográficos, surrealistas primeros planos de tiras cómicas, magos de carnaval, viejos programas de radio y rápidas

caminatas a librerías de viejo en busca de una hiperventiladora inhalación de polvo de libros. De habérselo permitido, los perros me habrían seguido por la calle. En tales ocasiones yo ignoraba adónde iba, pero estaba seguro de que sería genial ir allí. Esto, precisamente, es lo que les ocurre a los perros y a los escritores en ciernes. A Chuck le pasaba lo mismo, salvo que los perros bailaban a su alrededor, y también los amigos..., demasiados, tal vez. Consumían su aire. Al final –puede que sea cierto– dispensó tanta energía creativa y conversacional que no le quedó nada para combatir cualquier enfermedad que pudiera acometerlo. Pero eso vendría después.

Mucho antes, estando empleado en el departamento de copiado de música de los estudios Universal –después de trabajar en la empresa de transporte UPS y desempeñar diversos oficios–, Chuck apareció en mi casa una noche a principios de los años cincuenta con su primer cuento. Me lo entregó, con el rostro arrebolado por la emoción, y gritó: «¡Es bueno! ¡O... creo que lo es!».

Leí el cuento y exclamé: «¡Bueno?, diablos, ¡es genial!».

Envié la historia a un editor, al cual le gustó y la compró.

Sumido en un estado de hiperactividad a raíz de esta venta, Chuck escribió docenas, cientos de historias más, a lo largo de los años. A menudo lo uso como ejemplo para otros escritores jóvenes. Funciona. Me refiero a escribir un cuento a la semana durante un año, tres años, diez años... No puedes evitar ir mejorando semana a semana, año tras año. Chuck mejoró.

¿En qué sentido mejoró?

Él fue, y sigue siéndolo hoy en su obra, un escritor de ideas, de fantasías, de caprichos. Usted podría contarles muchas de estas ideas a sus amigos en unas pocas líneas. Chuck es un narrador que teje sus historias a partir de esas ideas, algunas grandes o, si lo prefiere, en su mayoría pequeñas.

No importa. Al menos las semillas están ahí, como rara vez lo han estado desde que Poe se perdió en la nieve o Melville, completamente olvidado, naufragó en tierra firme o la mariposa mecánica inventada por Hawthorne fue destruida. Porque, re-

cuerden, estos escritores estadounidenses del siglo XIX fueron, todos y cada uno ellos, gente de ideas. Una palmada en la espalda y escupían semillas cósmicas.

El periodo comprendido entre 1830 y 1900 abundaba en metáforas, rebosaba de nueces, frutas y, si no de sublimes espíritus santos, sí al menos de jinetes sin cabeza que le arruinaban a uno el sueño a medianoche, pero lo deleitaban en sus plácidos mediodías. Charles Beaumont, si no es igual a ellos, al menos es su heredero, incluso si la mayoría de nosotros en el campo de la fantasía científica nos hemos sentido como sus hijos perdidos.

En resumen, usted puede recordar las ideas de las historias de Beaumont mucho después de que estas se hayan desdibujado en su mente. Ahora trate de explicar las ideas de las obras de Hemingway, Faulkner o Steinbeck. En el caso de Faulkner, la metáfora, aunque se halla presente, se pierde en el lugar, el tiempo y el personaje, si no desaparece por completo entre una interminable maraña de palabras.

No podrá recordar o describir *El largo valle* o *Las uvas de la ira* de Steinbeck en términos de metáfora. Lo que uno recuerda con calidez es una escena bien interpretada y gente curtida. Los Joad, para nosotros, bien pudieran ser –y de hecho lo son– símbolos en nuestro camino hacia algún lugar, hacia algún futuro, cada amanecer; y a la noche nos paramos a soñarlo y hacerlo mejor de lo que lo vivimos horas atrás. Sin embargo, rara vez pensamos profundamente en Steinbeck. Lo sentimos profundamente y solo más tarde llega a nuestros pensamientos.

Otro tanto ocurre con Hemingway y la turba de imitadores que han surgido en su estela desde 1929. Sus metáforas son obvias, pero la corrida de toros es demasiado evidentemente simbólica, como lo es el encierro en Pamplona o los disparos del cazador blanco en la lejana África. De nuevo recordaremos lugares y personas, pero ninguno de los personajes de Hemingway, por más que se mueva, va a ninguna parte. Estos hacen poco por cambiar el tiempo o la arquitectura del futuro de alguien, ni siquiera los suyos propios. Permanecen pasivos mientras viajan y mueren como estúpidos, sin saber dónde han estado o cómo

ha sucedido todo. Paco, a quien le clavan un cuchillo de cocina en la barriga en la magistral «La capital del mundo», representa a todos los personajes de Hemingway. Ve su sangre en el suelo y se pregunta cómo ha llegado allí. ¿Por qué él?

Los personajes de Julio Verne, aun siendo más primitivos, nos ofrecen diálogos llenos de ideas. Aquellos viven la metáfora de forma única y grandiosa. Sus conversaciones son propias de adolescentes, naturalmente, pero las metáforas de Verne abarcan todo el mundo y nos transportan a la Luna. Si escucha a Verne, verá cómo este le activa la mente y el corazón, el alma, el cuerpo y la sangre. Si escucha a *Papa\**, disparará su arma hacia un cielo en el que cree que hay pájaros, pero no existe ninguno. Los personajes de Verne procuran que las cosas sucedan. Si su sangre cae sobre la cubierta del barco o el casco del cohete, son conscientes del motivo y no temen referirse a ello. Nemo pretende hundir las armadas del mundo y, por tanto, hundir la Guerra. Es la metáfora de la Paz, terriblemente personificada.

Beaumont, por consiguiente, es un pariente más cercano de Verne y Hawthorne que de Hemingway o de la mayoría de los escritores que han ido surgiendo desde los años cuarenta, cincuenta y sesenta hasta hoy.

¿Estoy afirmando que Charles Beaumont es igual o superior a esos titanes? No, solo digo que en tanto que esos grandes talentos caminaban con paso largo y firme, Beaumont es mejor compañero de paseo. Él es más divertido porque representa lo que ha descuidado nuestra sociedad actual: el escritor de ideas.

Ahora considere esto. Si ha habido en la historia alguna cultura de las ideas, esa es la de los Estados Unidos. Nuestras fantasías desencadenaron una revolución industrial, dividieron el átomo, nos llevaron a la Luna y nos prometieron futuros increíbles almacenados en, y distribuidos por, redes de ordenadores. Qué irónico resulta, por tanto, que al rebuscar en nuestra librería local solo hallemos novelas del montón, indistinguibles del resto y tan entretenidas como una guía telefónica. De entre cien éxitos

\* Como se refieren a Hemingway en Cuba. (*Todas las notas son del traductor.*)

aquel, la fuerza vinculante, el fuego conversacional, el gran corredor, saltador y agitador, se había ido. Ninguno de nosotros se sintió capaz de ocupar su lugar. Nadie se hubiese atrevido a ello. Y de haberlo intentado alguien habría sido un fracaso.

De hecho, nunca fue lo mismo para nosotros después de eso.

Tomamos por caminos diferentes al salir del cementerio; nos mantuvimos en contacto, hicimos nuevas amistades, ocasionalmente nos reuníamos para cenar y veíamos cómo los libros y las historias de Charles Beaumont eran arrastrados hasta ese maldito pozo y caían en él. Eso no estaba bien.

Ahora esa corriente se ha detenido. No más libros suyos desapareciendo, no más entierros. Aquí están sus historias, de vuelta a la luz, espero, de forma permanente.

Aquí está Charles Beaumont. Mi taza de té. ¿Es también la suya?

RAY BRADBURY

# Tal vez soñar

y otras historias de  
la dimensión desconocida

EL PASEO EDITORIAL  
MATERIAL PROMOCIONAL  
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN



EL PASEO EDITORIAL  
MATERIAL PROMOCIONAL  
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

## Tal vez soñar\*

–Por favor, siéntese –lo invitó el psiquiatra indicándole un sofá de cuero algo desgastado.

Hall tomó asiento automáticamente. Acto seguido, de forma instintiva, se recostó. Una sensación de mareo lo inundó, sus párpados cayeron como hojas de guillotina y se hizo la oscuridad. Levantándose súbitamente de un salto se abofeteó la mejilla derecha, luego, con fuerza, se abofeteó la izquierda.

–Lo siento, doctor –se disculpó.

El joven psiquiatra, cuyo aspecto no tenía nada de vienés, asintió con la cabeza.

–¿Prefiere estar de pie? –preguntó suavemente.

–¿Preferir? –Hall echó la cabeza hacia atrás y se rió–. Eso tiene gracia –dijo–. ¡Preferir!

–Me temo que no lo entiendo.

–Yo tampoco, doctor. –Se pellizcó la carne de la mano izquierda hasta que le dolió–. No, no, eso no es cierto. Lo entiendo. Ahí está el problema. Lo hago.

–¿Desea usted... hablarme de ello?

–Sí... ¡No! –«Es una tontería», pensó. «Usted no puede ayudarme. Nadie puede. ¡Estoy solo!»–. Olvídelo, doctor –dijo y se dirigió hacia la puerta.

–Aguarde un momento –lo llamó el psiquiatra. El tono de su voz era amistoso, pero no condescendiente, parecía genuinamente preocupado–. Huir no le hará ningún bien, ¿no le parece?

Hall vaciló.

\* «Perchance to Dream», aparecido originalmente en *Playboy*, octubre de 1958. Capítulo 9 (1ª temporada) de *The Twilight Zone*; emitido el 27 de noviembre de 1959.

–Disculpe el cliché. En realidad, huir suele ser la mejor respuesta. Pero aún no sé si el suyo es de esa clase de problemas.

–¿El Dr. Jackson le habló de mí?

–No. Jim llamó para decirme que iba a derivarme su caso, pero cree que es mejor que sea usted quien me dé los detalles. Solo sé que se llama Philip Hall, que tiene treinta y un años y que lleva mucho tiempo sin dormir.

–Sí. Mucho tiempo... –«Setenta y dos horas, para ser exactos», pensó Hall, mirando el reloj. «Setenta y dos horribles horas...»

El psiquiatra aplastó la punta del cigarrillo en el cenicero.

–¿No está usted...? –empezó a decir.

–¿Cansado? Por Dios, sí que lo estoy. ¡Soy el hombre más cansado sobre la tierra! Dormiría para siempre. Pero ya ve, todo queda en un deseo. Si por mí fuera, no despertaría nunca.

–Por favor –lo animó el psiquiatra.

Hall se mordió el labio inferior. Supuso que aquello no tenía mucho sentido. Pero, después de todo, ¿qué otra cosa podía hacer? ¿Adónde iría?

–¿Le importa si camino mientras hablo?

–Hágalo haciendo el pino, si lo desea.

–Muy bien. Tomaré uno de sus cigarrillos. –Lo encendió, llevó el humo a sus pulmones y se acercó a la ventana. Catorce pisos más abajo, la gente y los coches en movimiento se le antojaron de juguete. Mientras los observaba, pensó: «Me gusta este tipo. Parece agudo. Inteligente. Desde luego no es lo que esperaba. Quién sabe, tal vez sirva de algo»-. No estoy seguro de por dónde empezar.

–No importa. Hacerlo por el principio podría ser más fácil para usted.

Hall sacudió la cabeza con violencia. «El principio», pensó. «¿Hubo acaso tal cosa?»

–Relájase.

Después de una larga pausa, Hall comenzó a hablar:

–Empecé a ser consciente del poder de la mente humana cuando tenía diez años. Más o menos por entonces, en cualquier caso. Teníamos un tapiz en el dormitorio. Era una cosa muy grande,

del tamaño de una alfombra, con flecos en los bordes. Mostraba a un grupo de soldados (soldados napoleónicos) a caballo. Se hallaban al borde de una especie de acantilado, y el caballo más adelantado se afirmaba sobre las patas traseras. Mi madre me dijo algo al respecto. Me dijo que si miraba fijamente el tapiz durante el tiempo suficiente, los caballos comenzarían a moverse. «Caerán por el precipicio», dijo ella. Lo intenté, pero no pasó nada. «Tienes que dedicarle tiempo», me explicó. «Has de concentrarte en ello.» Así, pues, todas las noches, antes de acostarme, me sentaba ante aquel maldito tapiz y lo miraba fijamente. Y finalmente sucedió. Todos los caballos, todos los hombres, rebasaron el borde del precipicio y se precipitaron al vacío...

Hall aplastó el cigarrillo y empezó a caminar de nuevo.

–Aquello me aterró –dijo–. Cuando volví a mirar después, todas las figuras ocupaban sus antiguos lugares. ¿Había sufrido acaso una especie de alucinación? Más tarde probé a hacerlo con fotos de revistas y no tardé en ser capaz de hacer avanzar locomotoras, volar globos y ladrar perros: cualquier cosa que se me ocurriera.

Hizo una pausa y se pasó una mano por el cabello.

–Estará pensando que esto que le cuento no es inusual –dijo Hall–. Todos los niños lo hacen. Como encerrarse en un armario y ver la luz de una linterna a través de los dedos o atravesarse con una aguja el talón de la palma de una mano... Cosas de críos.

El psiquiatra se encogió de hombros.

–Hubo un punto de inflexión –dijo Hall–. Cierta día se me fue de la mano. Estaba ojeando un álbum para colorear. Una de las imágenes mostraba el combate entre un caballero y un dragón. Solo para divertirme, decidí hacer que el caballero soltara su lanza. Él lo hizo. El dragón lo persiguió, echando fuego por la boca. Un segundo después, el dragón tenía las fauces abiertas y se disponía a zamparse al caballero. Parpadeé y negué con la cabeza, como siempre, solo que... ¡no pasó nada! Quiero decir que la imagen no «volvió» a su estado original. Ni siquiera cuando cerré el álbum y volví a abrirlo a continuación. Pero no pensé demasiado en ello, incluso entonces.

Hall se acercó al escritorio y tomó otro cigarrillo, pero se le escurrió de los dedos.

–Ha estado tomando dextroanfetamina –dijo el psiquiatra, mientras veía cómo Hall intentaba recoger el cigarrillo.

–Sí.

–¿Cuántos comprimidos al día?

–Treinta, treinta y cinco..., no lo sé.

–Una dosis muy fuerte. No lo deja a uno coordinar sus movimientos. Supongo que Jim se lo advirtió, ¿no es así?

–Sí, me lo advirtió.

–Bien, dejémoslo estar de momento. ¿Que pasó después?

–Nada. –Hall permitió que el psiquiatra le encendiera el cigarrillo–. Durante un tiempo, me olvidé del «juego» casi por completo. Más adelante, cuando cumplí trece años, caí enfermo. Corazón reumático...

El psiquiatra se inclinó hacia adelante y frunció el ceño.

–¿Y Jim le prescribió treinta y cinco...?

–¡No me interrumpa! –Hall decidió no mencionar que la droga se la había proporcionado su tía y que el Dr. Jackson no tenía nada que ver–. Hube de permanecer mucho tiempo en cama, pues cualquier actividad física podría matarme. Así que leía libros y escuchaba la radio. Una noche emitieron una historia de fantasmas. Se titulaba «La cueva del ermitaño». Trataba de un hombre que se ahoga y regresa para atormentar a su esposa. Mis padres se habían ido al cine, así que estaba solo en casa. Seguí pensando en esa historia, imaginándome el fantasma. «Tal vez», dije para mis adentros, «ahora está en ese armario». Sabía que no era así; sabía positivamente que no podía existir tal cosa como un fantasma. Pero había una voz en mi interior que seguía diciéndome: «Mira el armario. Mira la puerta. Está ahí, Philip, y va a salir». Cogí un libro y traté de leer, pero no pude evitar mirar hacia la puerta del armario. Esta dejaba un resquicio abierto. Más allá de ella todo era oscuridad. Oscuridad y silencio.

–Y la puerta se abrió –dijo el psiquiatra.

–Así es.

-¿Entiende que no hay nada terriblemente inusual en cuanto ha contado hasta ahora?

-Lo sé -dijo Hall-. Fue mi imaginación. Lo fue, y lo comprendí incluso entonces. Pero... me asusté igualmente. ¡Tanto como si un fantasma hubiera abierto esa puerta! Y ahí está el quid de la cuestión. La mente, doctor, lo es todo. Si uno cree que le duele un brazo, no porque no haya una razón física para ello le dolerá menos... Mi madre murió porque creía padecer una enfermedad mortal. La autopsia mostró desnutrición, nada más. ¡Pero ella falleció igualmente!

-No le discutiré eso.

-Está bien. Es solo que no quiero que me diga que todo está en mi mente. Ya sé que lo está.

-Continúe, por favor.

-Los médicos me dijeron que nunca recuperaría la salud, que tendría que tomármelo con calma el resto de mi vida. Por el corazón. Nada de ejercicio extenuante, nada de escaleras o largas caminatas. Nada de conmociones. Las conmociones producen un exceso de adrenalina, me explicaron. Malo. De modo que así se hizo. Cuando acabé la educación secundaria encontré un cómodo empleo de oficina. Algo aburrido: revisar números, sumar cifras, eso es todo. Las cosas fueron bien durante unos años..., hasta que aquello empezó de nuevo. Leí que una mujer había subido a su vehículo una noche y, al volverse para buscar algo en el asiento trasero, encontró a un hombre escondido, esperando para atacarla. Se me quedó pegado; empecé a soñar con ello. Así que todas las noches, cuando me montaba en el coche, automáticamente palpaba el asiento trasero y las alfombrillas del piso. Esto me satisfizo por un tiempo, hasta que empecé a pensar: «¿Qué pasaría si algún día se me olvidase hacerlo? ¿Y si ahí atrás acechara algo que no fuese humano?». En esa época debía atravesar Laurel Canyon para llegar a casa, y ya sabe lo sinuoso que es ese tramo, con escarpas de diez y quince metros a un lado de la calzada. A mitad de camino, invariablemente, me venía este pensamiento: «¡Hay alguien... o algo... en la parte de atrás del coche! Oculto en la oscuridad. Gordo y brillante. Miraré por el espejo retrovisor y

veré sus garras listas para cerrarse sobre mi cuello...». De nuevo le pido que me entienda, doctor. Yo sabía que todo era cosa de mi imaginación; no tenía ninguna duda de que el asiento trasero estaba vacío. ¡Demonios, si mantenía el coche cerrado con llave y lo registraba antes de subir! «Si sigues pensando de esa manera», me decía a mí mismo, «acabarás por ver esas garras. Será un reflejo, o los faros de otro vehículo, o nada en absoluto, ¡pero las verás!». Pues bien, una noche, finalmente, ¡las vi! El vehículo dio un par de bandazos, perdí el control y cayó por un terraplén.

–Aguarde un minuto –dijo el psiquiatra y, levantándose, puso un magnetófono a grabar.

Ya no cabía dudar del poder de la mente humana –continuó Hall– ni de la existencia de los fantasmas y los demonios; existían, en efecto, bastaba con pensar en ellos durante el tiempo suficiente y con la suficiente concentración. ¿Acaso no había estado uno de ellos a punto de matarme? –Hall presionó el extremo encendido del cigarrillo contra el dorso de una mano; la niebla en su mente se disipó al instante–. El Dr. Jackson me advirtió después que otra conmoción como esa acabaría conmigo. Y fue entonces cuando comencé a tener el sueño.

Se hizo el silencio en la sala; un silencio matizado por distantes bocinazos de automóviles, el tictac del reloj con forma de timón de barco en la pared, el repiqueteo insectil de la máquina de escribir de la recepcionista y la propia respiración trabajosa de Hall.

–Dicen que los sueños duran solo un par de segundos –dijo–. No sé si esto es cierto o no. No importa. Yo creo que duran mucho más que eso. Algunas veces he soñado con vidas enteras; otras, con varias generaciones. De vez en cuando el tiempo en ellos se detiene por completo y se congela en un instante que dura eternamente. Cuando era niño vi en el cine el serial de Flash Gordon; ¿lo recuerda? Lo amaba, y después de ver el último episodio, comencé a soñar otros nuevos. Uno cada noche. Eran extraordinariamente vívidos y los recordaba al despertar. Incluso los escribía en un cuaderno para asegurarme de no olvidarlos. ¿Locura?